



Retrato de Doña Juana de Pacheco, mujer de Velázquez.

I.

No es nuestro ánimo hacer una detallada biografía del primero de nuestros pintores españoles, ni mucho menos un análisis detenido de las obras colosales que de este célebre artista posee el real Museo de Madrid; porque si pequeños son los límites de un periódico literario y semanal para lo primero, pequeñísimos han de ser para lo segundo.

Datos curiosísimos de su vida encontrarán los aficionados en la obra que recientemente y con el título de *Life of Velázquez*, ha publicado M. W. Stirling, y apreciaciones mas seguras y au-

torizadas que las nuestras les darán Pacheco, Palomino, Cean Bermúdez, Viardot, Blanc y otros no menos ilustrados críticos.

El objeto de estas líneas es dar publicidad á las observaciones que nos ha sugerido el estudio detenido de las obras del gran pintor, para que cada uno las aprecie como guste y para cumplir con el compromiso en que la dirección de este periódico nos ha metido por un exceso de amabilidad.

Así, pues, no se tache de pobre nuestro estudio ni de incompleto nuestro trabajo, no es ni lo uno ni lo otro, y el nombre que mejor cuadra á estas líneas, ya que de pintura tratamos, es el de *boceto*.

24 DE AGOSTO DE 1856.

## III

Si se estudian las obras de los mas afamados pintores que en el siglo de oro de las artes han ilustrado los diferentes estados de Europa, ninguna se encontrará en España, ni fuera de ella, que tenga parecido alguno con las de Velazquez.

Colocado en la categoría de los coloristas por todos los críticos, con ninguno puede compararse.

Ni de tanto lujo como Rubens, ni tan ardiente como Ticiano y Veronés, ni de una armonía tan elegante como Vandick, ni de la fuga de Delacroix entre los modernos, ni tan sombrío como el Españoleto, ni del vigor de Rembrandt, Velazquez aparece á la cabeza de los maestros del color.

De colorido *lujoso* cuando quiere, como en el retrato á caballo de Felipe IV; émulo digno y aun superior á Ticiano en sus borrachos; elegante como Vandick en sus retratos; Velazquez supera á todos por la armonía de sus tonos, y la franqueza de su pincel, parece, como ha observado muy oportunamente Viardot, que sintiendo su fuerza ha querido darla á conocer en todos los géneros.

La fuente de la calle de la Reina en Aranjuez y el S. Pablo ermitaño dan una idea, con la vista del Pardo, de lo que este pintor ha hecho en el paisaje. Rico de luz el primero, no solamente está detallado y estudiado de mano maestra, sino que parece haber logrado pintar el ambiente; y ninguno de los mas afamados paisajistas hubiera desdeñado las líneas grandiosas y severas del segundo de que hablamos.

Vandick no es mas grande como retratista que nuestro pintor Sevillano; y los retratos de Alonso Cano, cuya cabeza sobre ser admirable de color, es preciosa como modelado, del príncipe D. Baltasar, de Isabel de Francia y Mariana de Austria, de la infanta Margarita, de Olivares, y los innumerables de Felipe IV dan una prueba clara y terminante de lo cierto de nuestras palabras.

El que encabeza este artículo y que se cree ser el de Doña Juana de Pacheco, su mujer, es tan fino y delicado de color, tan armonioso de tonos, tan jugoso y tan expresivo, que bien merecería, como cada una de las obras de este autor, un artículo detallado y concienzudo.

Busquémosle en los cuadros religiosos, y si la coronación de la Virgen, cuya cabeza es de una expresión de dulzura y sencillez cristianas, no satisface por completo á los que creen que para ser gran pintor religioso es preciso ser purista como los alemanes, no podrán menos de convenir que el Cristo crucificado de Velazquez es una obra de pintura religiosa de las mas notables.

Nada hay en aquel cuadro que deslumbe, nada que distraiga: al pintar al Cristo en la cruz, nuestro pintor comprendió muy bien que todo detalle, que todo accesorio sobraba, y una sencillez rígida, ascética forma el carácter dominante de su obra: con los tonos y medias tintas de la carne, destacándose sobre un fondo oscurísimo, ha tenido el artista bastante para hacer aquel torso encantador, aquellas piernas admirables y de un modelado, de un relieve superiores á todo elogio.

Examinemos después el tipo opuesto, los cuadros de costumbres llamados hoy de género, donde raya nuestro Velazquez á una altura en que no tiene rival, y bastará su sencilla enumeración para comprender su mérito por la fama que gozan.

Las Fraguas de Vulcano de una perspectiva lineal y aérea maravillosas; las Hilanderas en que la luz juega como en el natural; los Borrachos que Viardot cree no pueden describirse ni analizarse; las Meninas, mi cuadro favorito, en el que ha pintado el aire, la luz, el ambiente, la verdad, y que calificó Lucas Jordan de *Teología de la pintura*; los Enanos; el Niño de Vallecas; el Bobo de Coria; el Menipo; el Esopo; no puede comprenderse mas verdad, mas genio, mas arte.

## III.

He dejado para un párrafo aparte el gran cuadro de Velaz-

quez, la Rendición de Breda, conocido por el *Cuadro de las lanzas*, porque sobre ser una de sus obras mas consideradas, he tenido la fortuna de verle de cerca en una de las salas bajas del Museo.

Nunca me habia figurado, hasta que ví ese cuadro en el suelo, hasta dónde llegaba la libertad de pincel, la franqueza de toque y la seguridad del pintor que nos ocupa.

Nada hay buscado en el cuadro, ningun efecto está en el preparado, y sin embargo pocos, quizás ningun pintor estudió mas sus obras que Velazquez: la cabeza de Espínola, que parece sorprendida en un movimiento feliz del natural, ha sido borrada cuatro veces, y lo mismo puede decirse de los demás personajes.

En unos sitios el sombrero de uno que ya no está en el cuadro, ha servido para la barba del que hoy se ve; las plumas del otro forman con sus tonos rojizos las mejillas del que le reemplazó, y cosas han sido añadidas á las que antes habia, utilizando estas.

El cuello del gobernador flamenco que entrega las llaves, está por pintar, la línea del claro donde se une á la armadura, es el lienzo sin preparacion tal como salió de la fábrica, pueden contarse cómodamente los hilos.

Ahora bien, ¿lo ha hecho alguien? ¿Puede copiarse exactamente? ¿Puede imitarse? ¿Se atrevería nadie á poner los colores puros y primitivos juntos; el azul, y el amarillo, y el rojo, y la siena para producir una media tinta de indefinible color, pero de mágica verdad?

Pues ese es Velazquez: nadie le puede imitar, nadie le ha servido de modelo.

## IV.

No es solamente característico en este pintor la libertad de pincel, lo franco de su modo de hacer; mas notable, mas digno de mencion, porque aun pertenece mas á lo culminante del arte, es su desprecio absoluto de los llamados recursos del arte, y que como su mismo nombre lo indica no se han hecho para los genios.

Pueden muy bien ser aprovechados con talento y dar resultados brillantes; pero el que prescinde de ellos porque puede hacer muy bien.

Velazquez es de estos últimos, no busca los efectos en el claro-oscuro exagerado y á veces inverosímil de Ribera y Rembrandt, ni en la superposición de colores para que unos hagan destacar á otros como la mayor parte de los coloristas, sino que pinta lo que ve tal como se ve, seguro de salir airoso.

Ya os colocará un retrato al sol con un horizonte ilimitado como el de Felipe IV á caballo, y este y su regio gine se destacarán ya por claro ya por oscuro sobre el mismo fondo, sin que el oscuro haga agujero, sin que el claro sobresalga mas de lo justo.

Ya os pondrá un interior como el de las Hilanderas y os hará ver los mágicos efectos del claro-oscuro sin que lo noteis mas que por su verdad, y se atreverá á ponerlos en el fondo de un cuadro donde ya la luz se apaga y hace oscuro, como en las Meninas, una puerta abierta por donde entran torrentes de luz, sin que perjudique á la general del cuadro ni á la que entra por la ventana de la izquierda.

También en él pueden estudiarse los caprichos de varias luces juntas como en las Fraguas iluminadas por los resplandores del hierro, por la luz del Apolo y la que entra por la puerta.

Por eso ha dicho Viardot: «Si la pintura es el arte de representar con exactitud la naturaleza, Velazquez es el primer pintor del mundo.» Yo, que creo que esa es la pintura, saco la consecuencia del crítico francés.

La imitación no es el fin del arte, es verdad; pero siendo uno de los medios, quizás el principal, al menos el mas importante, Velazquez, que le ha empleado como nadie, no tiene rival.

El estudio del natural es de suma importancia para los pin-

tores: copiando el natural exactamente tal como se vé con los ojos del alma, es crear, y por muy exacta que sea la representación del objeto, siempre habrá la misma distancia entre ella y una copia servil, que entre una fotografía y un cuadro de Velázquez.

AGUSTIN BONNAT.

## II DOS AMORES!!

A MANUEL ARAMBURU.

«Y esa mujer tan cándida y tan bella  
Es mentida ilusión de la esperanza.»

I.

*Que empieza así como un capítulo de Gil Blas y continúa así como una cosa mía.*

Gran muchedumbre de gente se agolpaba á la puerta del teatro del Circo en una de las noches de primavera del año de mil ochocientos cincuenta y qué sé yo cuántos. Detúveme algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Ví caballeros de buena traza y ricamente vestidos, y gentualla de tan mala catadura como traje. Ví varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los asientos que habían tomado con anticipación, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores me inspiró el deseo de aumentar su número. Pero contaba sin la huésped, es decir, que no consideraba que la representación que se anunciaba era una zarzuela, y zarzuela nueva; primera producción de uno de los jóvenes mas aventajados de la sociedad madrileña.

Mi deseo se vió frustrado, quise tomar billetes y no los había ya. Júzguese si tendría deseo de penetrar en el interior del teatro atendiendo á que la privación suele ser causa del apetito. Creo con todo que me hubiera tenido que retirar prudentemente si una voz lúgubre no me hubiese detenido diciéndome:

— Señorito, una butaca, es la única que me queda.

— Hola, buen amigo, dije yo á mi vez, ¿cuánto quieres por ella?

— Para V. no es mas que cuarenta reales.

— Ya, para mí.... es demasiado cara.

Los revendedores, plaga moderna, que tanto dañan á las empresas, al público y á los autores, subsisten creemos por la tácita protección que se les dispensa. Un ciudadano que quiera asistir á una representación notable, se encuentra que á las primeras horas de abrirse los despachos de billetes ya no hay uno en ellos, viéndose obligado á su pesar á tomarlos de manos de sus nuevos poseedores que se los hacen pagar á un precio exorbitante. Este ciudadano tiene derecho á esperar de la empresa una pieza sobresaliente si ha de guardar armonía con el dinero contante que le ha costado su localidad, no se contenta con medianías y es juez severo que castigará las faltas de los actores y del inocente autor. Véase cómo causan un gran perjuicio á la sociedad. Trátese pues con medidas fuertes de reprimir este tráfico ilícito; decimos reprimir porque sabemos que extinguir es casi imposible, impóngaseles un reglamento, *hágaseles pagar un tanto*, procuren las empresas no condescender á sus exigencias, no los toleren, y su número, estamos seguros, disminuirá con gran satisfacción del público contribuyente, benévolo, sensato, inteligente, sabio, discreto y otros títulos tan honrosos como prodigamente repetidos.

— Un billete.... ¿quién me lo proporcionaría? preguntó un joven al revendedor con el que tratábamos nuestra butaca.

— Señorito.... yo tengo una butaca.... pero no la doy un ochavo menos de cincuenta reales.... ¿acomoda?

— Sí, y aunque hubierais pedido mas, contestó el joven pagando su billete.

— Yo no pido mas de lo justo; ó hay ó no hay conciencia, dijo gravemente el pícaro.

Yo me quedé sin poder entrar, y puseme con gran seriedad á ver entrar y salir la gente del teatro, sintiendo muchísimo privar á mis lectores del espectáculo, que en efecto es muy curioso el que presenta el del Circo en noche de una zarzuela nueva. Bien pudiera llenar algunas páginas refiriendo lo que no he visto; pero tengo en muy alta opinión á mis lectores para que les entretenga con cosas inverosímiles, indignas de ellos; ademas supongo que habrán asistido mas de una vez á tal función, y entonces mi descripción sería inútil.

II.

*Salida del autor de una zarzuela nueva. — Ansiedad continuada.*

La orquesta llenaba de armonía los ámbitos de la plazuela del Rey; los bollos, los azucarillos y merengues, los cigarros y conversaciones eran abandonados. Solo los cocheros no las abandonaban. Los espectadores llamados por los acordes de la sinfonía se volvían presurosamente á ocupar sus asientos, nadie salía del teatro, en cambio entraban muchos. Un joven sin embargo salió con precipitación pintada la ansiedad en su rostro. Aquel joven era el que había pagado con tanta generosidad la butaca al revendedor.

— Emilio, chist, Emilio, grité yo llamándole.

— Amigo mío, perdona, no te había conocido, dijo él acercándose hacia donde yo estaba.

— Sales cuando debías entrar, estás muy pálido, ¿estás enfermo?

— No, y creo qué sí; me late con una fuerza el corazón....

— ¿De qué dimana esa ansiedad, Emilio?

— La zarzuela que se estrena es obra mía.... es mi primera producción.

— ¡Cómo! respondí sorprendido, ¿con que la zarzuela es tuya y no me has dicho nada?

— Sí; comprenderás ahora mi zozobra, mi temor, mis esperanzas.

— En verdad te digo que no entiendo.

— Me explicaré: desde luego había decidido no presentarme por la noche en el teatro: una derrota me sería tan sensible.... un triunfo me causaría tal alegría que me haría ridículo hasta á mis propios ojos.... Esta tarde en el Prado encontré á los señores de Lavera, ¿los conoces?

— Adelante, contesté sonriéndome, comenzo tambien que no miras indiferentemente á la bella Everilda.

— Bien sabes cuánto la amo, sabes que sus caprichos son órdenes para mí; considera si obedecería á la orden de esta tarde: «Emilio, me dijo con esa sonrisa angelical que la es característica, hasta la noche.» Pero no tenía un billete, todos los había dado; así que os ruego dispenseis los amigos íntimos si no os he repartido localidades atendiendo á mis compromisos.... Bastará con deciros que ni hasta yo tenía uno para mi uso.

— Ya estás disculpado... De manera que como Hernán Cortés habías quemado tus naves — te habías imposibilitado de poder asistir á la representación.

— En efecto; pero ¿qué imposibles no vencerá un enamorado? He cumplido la promesa que di á la señorita de Lavera de verla esta noche. ¡Qué encantadora estaba! ¡Qué celestial! ¡Qué divina!

— ¿Pero cómo es que has abandonado á esa bella niña?

— Esa es una pregunta á la que no....

Ruidosos aplausos nos interrumpieron.

— ¡Oyes, oyes? exclamó radiante de alegría: ¡quien estuviera dentro!.... ¡qué satisfacción sería la mía! — Adios, amigo, adios.... ¡No mas vacilación!

— Te doy la enhorabuena por tu triunfo, dije yo apretando la mano de Emilio; ¿me abandonas?

— No, no; me quedo, dijo despues de un momento de duda.  
— Supongo que la zarzuela será la que me leisteis el otro día sin título aun.

— La misma, y te suplico por nuestra antigua amistad que me digas tu parecer acerca de ella.

— ¡Pobre Emilio! Tu obra es una pieza delicada llena de sensibilidad y pasión.... pero no es una zarzuela. ¿Ignoras por ventura que en el espectáculo favorito de nuestro público se necesitan epigramas, chistes, bufonías, desenlaces y escenas imprevistas que lleven al espectador de sorpresa en sorpresa por mas que sean inverosímiles y ridículas? ¿Ignoras que una pieza como la tuya desarrollada dramáticamente, escrita bajo momentos de felicidad, con escenas de sencillez y de ternura que tanto abundan en tu drama, que el público no se interesará en ella? No, no lo creas así porque te equivocarias: tu obra como dramática es buena, como zarzuela es fría y mala: la versificación es buena, armoniosa y llena de fuego; pero demasiado sublime para zarzuela. En lugar del amor poético se necesita que los personajes interesados en ella ladren, griten; es necesario un gracioso exagerado que sea no un episodio, sino acción del plan dramático.... tu obra apenas llena estas condiciones. Emilio, te hablo con mi franqueza peculiar, me ha sorprendido el saber que era tuya la zarzuela que hoy se ejecuta en el teatro lírico: si me hubieras consultado te hubiera dicho: «Como zarzuela, tu pieza hará fiasco.» Quiera el cielo que me equivoque.

Emilio á mi brusca salida se quedó confuso y sin saber que decirme. ¡Es tan cruel oír verdades amargas! ¡Gusta tanto el lenguaje de la adulación! Mi amigo me respondió con frialdad.

— Siento no haberte consultado antes de poner mi zarzuela en escena; el mal no tiene remedio.... sufriré sus consecuencias.

— Emilio, has hecho una zarzuela, y lejos está de mi ánimo el criticártelo. Una pieza dramática debe ser excelente para que hoy día se ponga en escena mas de cuatro veces. En tanto que vemos que una pieza lírico-dramática se representa veinte ó cuarenta á pesar de su medianía. Mas todavía: nuestros poetas mas notables se dedican á este género de composiciones. Bretoni, Ventura de la Vega, Rubí, Eguílaz han escrito zarzuelas que mas hubiéramos querido no haber visto nunca. ¿Qué hemos de hacer? Esta es la manía del siglo.

— Vamos, vamos, tú eres de los que todo loor exclusivamente español les disgusta extremadamente. ¿Eres tú de los que siempre dicen *este desgraciado país*?

Me encogí de hombros por toda respuesta.

— Las zarzuelas, los toros, los espectáculos nacionales te disgustan; ¿no es cierto?

— No, no es cierto: yo defenderé nuestra nacionalidad como buen español; pero no me gusta que se extravié el buen gusto.

— Bien, bien; pero me parece que el público vuelve á aplaudir.

Despues de un corto aplauso la gente empezó á salir impetuosamente.

— ¡Qué célebre es la salida de Caltañazor, aquello de Tarría-ria, dijo uno que salía tarareando, es muy grande!

— Chico, pero no trabaja Salas: yo creo que si no fuera por la música haría fiasco la zarzuela.

— Pues yo pienso al contrario, que gracias al libreto no se la silba.

— En conclusión, el primer acto no ha agradado ni ha disgustado.

— Estás equivocado, yo creo que se ha aplaudido.

— Sí, aplausos, dijo el otro con sonrisa, aplausos de los alabarderos.

— Pues yo he aplaudido y no soy alabardero, y en mi caso hay muchos.

— Hasta el fin nadie es dichoso, contestó el que reprochaba.

Emilio debía sufrir mucho.

— Voy á tantear el espíritu del público.... á recorrer el teatro.

— Expresiones á los señores de Lavera, le dije yo burlándome.

— ¿Me esperarás aquí? me preguntó Emilio no dándose por aludido.

— Hasta luego, repuse dándole la mano.

— Adios, contestó Emilio apretándomela.

### III.

*Dos ex-amantes ó sea un cesante de amor.*

En la calle de Jacometrezo que nos recuerda que en ella vivió el gran escultor fundidor de metales el milanés, Jacobo Trezo (1), vivían los señores de Lavera en elegante y aristocrática casa.

Los dos esposos y dos hijas con multitud de criados componían la familia que la habitaba. Doña Dolores, esposa del señor Lavera, era la suma bondad, sabía recibir de una manera conveniente y con una exquisita amabilidad en las frecuentes reuniones que tenían. Con un cariño excesivo hacía su esposo y sus hijas, apenas tenía la resolución necesaria para reprender las faltas de las últimas, verdadera debilidad que no se debe perdonar aunque dimane del amor maternal: de aquí dependía el carácter é inclinaciones mejores ó peores de sus dos hijas.

Isabel, la mayor, era buena, cariñosa, dulce y tímida. Reunió un natural bellísimo á una buena educación y una gracia encantadora. Everilda, de nacarada blancura, pelo y estrechas cejas de color de sus ojos, que eran negros, si bien un poco pequeños, de boca carminada y tan pequeña como sus diminutos y lindos piececitos, cuerpo torneado y delgado, aire elegante y conversacion suelta y corriente, tenía mucho talento, pero sus caprichos, su coquetería, su altivez y desdén, el conocimiento de su belleza la hacía tener un orgullo insultante que desagradaba.

La mañana siguiente á nuestra relacion anterior, Everilda estaba en su tocador, sus negros, largos y lustrosos cabellos ondeaban sobre su seno y espaldas blancas, un ligero peinador guarnecido de encajes cubría tan negligente como elegantemente su cuerpo. Su pié calzado con chinelas color rosa bordadas de oro, asomaba impacientemente por entre los pliegues de la bata. Su blanca mano y afilados dedos jugueteaban con un frasco en el que se leía en la etiqueta *Violet*, y esparcía un grato aroma en la suntuosa estancia en que se hallaba la bella. El frasco cayó al suelo y se hizo pedazos.

— ¡Qué torpeza!.... exclamó la jóven con furor.

— Perdón V. señorita.... pero.... balbuceaba una de las doncellas que la peinaban.

— Está bien.... recoge los vidrios y retíraos, interrumpió Everilda.

— ¿Sin acabar de vestir á V., señorita? se atrevió á preguntar la doncella.

— ¿No os he dicho que os retireis? gritó la jóven dando con el pié en el suelo.... Cuando llame á vestirme.... entrareis.... eth.... aguardad.

Las doncellas, que estaban en la puerta, volvieron.

— Quiero ponerme hoy el vestido de seda azul.... ¿entendeis?

— Está muy bien, el vestido de seda azul, ¿no es esto, señorita?

— No, torpe, no he dicho eso, quiero el vestido color amaranillo. ¿No ves qué nublado está el día?

— Será V. servida, señorita. ¿Manda V. otra cosa?

Si viene Emilio que entre en....

— ¿La sala? preguntó la doncella que había callado.

— Calle V., bachillera, no, aquí: ¿habeis entendido esta vez? Todo lo confundís.

— Perdón V., señorita, nuestras faltas.

(1) Cuéntase que el rey Felipe II, estimando en su justo valor el magnífico tabernáculo de piedra y jaspes que ejecutó para el suntuoso monasterio del Escorial, quiso hacer grandes mercedes al eminente artista Jacobo de Trezo; pero que este se contentó con que la calle en que vivía llevase su nombre. En efecto, aun subsiste este nombre con poca variación.

— ¿No os he dicho que os retiréis? Pronto, pronto: dejadme sola, exclamó volviendo á patear de impaciencia Everilda.

Las doncellas se inclinaron y se retiraron.

La bella se sentó ó mejor dicho se echó en un sofá de terciopelo blanco y se puso á mirar al techo y sus molduras doradas. Al fin cansada de tan interesante ocupacion, puso la mano perezosamente en una mesita de mosaico de flores y cogió un libro primorosamente encuadernado. Leía con ese entusiasmo con que leen las mujeres, cuando fué interrumpida su lectura con la llegada de Emilio.

— Everilda, dijo al entrar despues de las fórmulas con que nos introducimos en sociedad, ¡qué interesante estás! ¡Que hermosa eres! ¡Oh y cuánto te amo! añadió entusiasmado el jóven.

— Deja esas gracias.... dignas de un soldado.... ¡Cuán poco sublime estás! ¡Qué pálido! Siento no poder devolvete tus palabras.

— Everilda mia, todo debe perdonarse á un corazon que te ama tanto como el mio: á tu lado todo lo olvido, mundo, sociedad, amigos, no pienso sino en tí; para mí nadie existe sino tú, solo á ti te veo en una aureola de felicidad y amor, siento con delirio, se une mi alma con la tuya, el perfume de tu existencia rodea la mia, no hay sino mutuo querer, dos en uno, parece que el cielo se digna dejar caer una gota de gozo celestial sobre dos almas que se adoran, te amo como se debe querer á los ángeles.... te amo, Everilda.

Emilio exaltado cayó á los piés de la que tanto amaba.

— Já, já, já.... y te acusaba hace poco de genio poco poético.... pero me retracto y te declaro el fenix, el non plus ultra de los amantes....

Vamos, un poquito de calma, caballero; no está V. componiendo un drama sentimental, hágame V. el favor de bajar á la tierra y de considerar que tierra somos — como decia V. anoche en boca de uno de los personaje de su zarzuela.

Emilio, que seguramente no esperaba esta explosion de palabras crónicas, quedó estupefacto y sin poder dar crédito á lo que oía.

— Everilda, ese lenguaje necesita su explicacion.

— ¿Explicacion pide V. ó comentarios? preguntó impertinentemente la jóven.

— Lo que quieras, con tal de que vea claro en este asunto, contestó confuso Emilio.

— Vaya.... eres poco difícil de contentar.... pero permíteme preguntarte ¿cómo no asististe ayer al Circo?

— ¿Que cómo no asistí al Circo? repitió el jóven: pero si estuve, ¿no me viste?

— Creí haberte visto.... pero reconocí pronto mi error: en cambio yo sé quién te vió con una cómica....

— Con una cómica.... pero si no hice mas que hablarla dos palabras.

— Dos palabras.... y lo confiesa.... dos palabras son un «te amo.» Pérfido, dos palabras son una declaracion de amor. Despreciarme á mí; y por quién, Dios mio, por una cómica.... ¡Ah rabia! ¡Oh hombres!

— Esas son niñerías: por favor te suplico que me oigas.... una palabra.

— Basta de engaños, caballero; no puedo oírle mas, quítese V. de mi presencia y vaya V. á hacer el amor á personas dignas de V.

— ¡Everilda, Everilda, desconfías de mí! exclamó Emilio dolorosamente.

— Desconfiar de V.... no; yo le desprecio.... entre nosotros todo ha concluido.... me avergüenzo de haber amado á V.

Emilio no tenia fuerzas para hablar. Sus facciones estaban desencajadas.

(Continuará).

FRANCISCO DE ESPINOLA.



#### LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora,  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa.

FRANCISCO DE RIOJA.

Las ruinas de Itálica inspiran al observador inteligente una

multitud de ideas, que sucediéndose como en tropel y con la rapidez mas prodigiosa, apenas le permiten darse cuenta á sí mismo de lo que en aquel instante observa, siente y piensa.

Es una de sus primeras impresiones el profundo sentimiento que le causa el ver en el mas completo abandono aquellos vene-

rales restos que todavía atestiguan la cultura de una época lejana, la pericia artística de un pueblo eminentemente guerrero, y la grandeza de ideas de los descendientes de un puñado de gente de nada elevado origen.

Luego, recordando los grandes hechos marciales del *Senado y pueblo romano*, cree oír á un caudillo del Imperio pronunciar una elocuente arenga ante una incalculable multitud de militares armados con diversas armas ofensivas y defensivas, distribuidos en *centurias*, con sus *centuriones* á la cabeza y con las diferentes enseñas militares levantadas á la mayor altura que permitía su enorme peso. Ya se imagina verlos partir por este ó el otro punto de la ciudad en que se figura que debió de haber una muy fortalecida puerta flanqueada por dos torres solidísimas; ya verlos cruzar el inmediato campo en bien ordenados grupos; ya mas lejos dar una sangrienta y prolongada batalla; ya ganar una difícil victoria; ya por último hacer una entrada triunfal trayendo amarrados á los carros falcados un sin número de esclavos, y pasar por debajo de un arco que recuerda triunfos anteriores.

Parece después presenciar las fiestas del antiguo Circo y ver los carros de dos ruedas, inseguros y difíciles de manejar corriendo á todo el escape de los mas fogosos caballos á lo largo, desde el punto de partida hasta el opuesto lado, y desde aquí hasta el punto de partida, evitando sus diestros conductores que las ruedas toquen en la peligrosa meta; pero chocando entre sí y aun volcando no pocos de ellos al dar la temible vuelta.

Su imaginación le representa el vasto Teatro con sus gradas, apresuradamente llenándose de bulliciosos espectadores que entran en tropel por los innumerables vomitorios; los principales personajes de la ciudad posesionándose gravemente de la *orquestra*; y la escena, con sus imperfectas decoraciones, ocupada, por los coros el proscenio, y por los personajes el resto, con sus inalterables mascarillas y con sus altos coturnos ó plebeyos zuecos.

El casi derruido Anfiteatro le trae á la memoria las luchas del pugilato, de los gladiadores y de las fieras; y en seguida, por una transición natural, los martirios que en él hubieron de ejecutarse poniendo á los discípulos del Evangelio á merced de los mas feroces animales. Tráele esto á las mientes la crueldad de los delegados del Imperio, las sangrientas persecuciones contra el Cristianismo, cuyas víctimas han debido regar abundantemente aquel suelo, y cree que la Providencia ha reducido á Itálica á su estado actual en castigo de tales atrocidades.

¡La Providencia la ha castigado fuertemente! allí, donde en otro tiempo se alzaba una elegante y majestuosa ciudad, hoy apenas se ve mas que montones de escombros y paredones deruidos; allí, donde se ostentaba el mas esplendente lujo en vestidos, joyas y muebles, hoy solo existe miseria y desolación; allí, donde la alegre multitud bullía, apenas se encuentra mas que algun filósofo solitario meditando tristemente sobre lo deleznable de las glorias humanas, algun excéntrico extranjero arrancando de entre los escombros algun fragmento de mármol ó de ladrillo para mostrarle con pueril vanidad en las orillas del Sena, del Támesis ó del Neva, ó en alguna de las poblaciones de la Confederación Germánica; algun estudioso arqueólogo admirando la dureza del cemento que se observa en las construcciones del Pueblo Rey; algun estúpido pastor llevando sus ganados ó pías á acelerar la destrucción de tan interesantes vestigios ó algun artista ansioso de gloria tratando de transmitir á la posteridad con su utilísimo lapicero lo poco que ya resta de tan insignes reliquias arquitectónicas, cuya pronta desaparición tememos si no se trata de poner coto á la destructora mano del hombre, mucho mas terrible que la tan ponderada del tiempo, y que rápidamente va allí consumando su obra de aniquilación.

Mientras que esta avanza con tal velocidad, es bien triste el pensar que solo los esfuerzos de algun particular desinteresado, ó los de algun artista entusiasta hayan emprendido practicar allí algunas excavaciones; y que aun estas, á pesar de los elogios

debidos á sus autores (1), no hayan sido de mas utilidad para el público por falta de la protección que hubieran debido dar los que tenían el poder de hacerlo.

A.

## AL AMIGO DESCONOCIDO.

¿Y dónde el pecho indómito  
que á tales desengaños,  
quiera alargar el número  
de sus terrestres años?  
¿El alma, dónde, fuerte,  
ludibrio de la suerte,  
que al fin no ceda, exánime  
en la tremenda lid?  
¿Ay de los tristes huérfanos  
á padecer nacidos!  
¿Ay de los nobles ánimos,  
arcángeles caídos,  
que en ominosa guerra  
se arrastran en la tierra,  
con la esperanza única  
(De la segunda vida)  
de alguna vez morir!

El epígrafe de mi carta ya le dará á V. á entender el tono que predominará en ella, amigo ó amiga, pues no ha tenido V. á bien decirme su sexo, y yo no me atrevo á decidir; puesto que si bien por el vigor del estilo y la virilidad del pensamiento que resaltan en la grata de V. pudiera y acaso debiera pensar que es V. un hombre, hay por otra parte una delicadeza de sentimiento, una ternura, si no imposible, tan insólita en el hombre, que casi me inclino á creer que es V. mujer, y aunque experimentada ya en el dolor, joven, muy joven todavía, á juzgar por la calorosa ternura y la ira generosa que á trechos en su querido escrito brotan sin esfuerzo, y que son calidades de la juventud.

Desea V. que le diga lo que pienso acerca de la sociedad: que se la pinte ó se la defina á V. —No podía V. pedirme tarea mas ingrata, porque nada hay bajo el sol tan desconsolador como el estudio del hombre en los grandes centros de la moderna civilización. —¡No pida V. á nuestra ajustada bota de charol, ni á nuestros guantes de cabritilla, ni á nuestro ridículo y ceñido traje, nada fecundo — nada generoso — nada grande! — La humanidad, conforme ha ido aligerándose de vestido, se ha ido endureciendo de corazón. — ¡Pida V. sentimiento, simpatía, entusiasmo al siglo de los caminos de hierro y de los barcos de vapor — al siglo de la especulación — del positivismo! — La materia ha absorbido al espíritu, no hay que darle vueltas. Me pide V. que le diga mi pensamiento sobre la actual sociedad. — ¿Y qué podría yo decir que no haya V. observado ó sentido ya? — ¿Para qué quiere V. que trace yo, siquiera sea á grandes ras-

(1) Sirva de ejemplo de lo que aquí decimos la escavación verificada hace pocos años con el mayor desinterés y verdadero patriotismo por Don José Amador de los Ríos en compañía de su hermano, hoy arquitecto. Este último, lleno de entusiasmo artístico, copió con la mayor escrupulosidad piedra por piedra una multitud de mosaicos, que la diligencia de D. José Amador pudo descubrir; pero cuando ambos hermanos estaban á lo mejor de sus tareas se les obligó repentinamente á cesar en ellas; los mosaicos fueron invadidos por el ganado de cerda que para ahora habrá destruido tal vez su mayor parte; y los dibujos de aquellas preciosas muestras del arte antiguo permanecen, según creemos, en las cartillas del Sr. de los Ríos, porque su publicación excede las fuerzas de un particular, á causa de la exorbitante suma que costaría su publicación, imposible probablemente de otro modo que por medio de la dispendiosa cromolitografía. Por nuestra parte ya que en ello no hayamos podido ni podamos ayudarlos ni recompensarlos, aprovechamos con el mayor placer esta ocasión de tributarles nuestros sinceros elogios, y de darles las gracias en nombre de todos cuantos se interesan en las glorias artísticas de nuestra querida nación.

gos, las asquerosas miserias que se ocultan bajo el mentido oropel de nuestra extraviada civilización?—Cualquiera que sea el sexo, á que V. pertenezca, es evidente que tiene un corazón levantado. —¡Cuántas veces se habrá encontrado V. en nuestras mas elegantes sociedades como un recién llegado á un país extranjero, cuyo lenguaje y costumbres le fueran enteramente desconocidas!—Cuántas habrá V. recibido lecciones de mundo, es decir, de egoismo, de frío y perverso egoismo, de boca de adolescentes escolares, ó lo que aun es mas doloroso y repugnante, de los rosados labios de alguna joven de quince ó diez y seis años! —Los arrebatos generosos, los nobles sacrificios, los santos entusiasmos no merecen mas que risa y escarnio. —Se alejan tanto de la manera de ser, de la vida del siglo, que son mirados casi siempre como ridículas extravagancias, cuando no como rasgos de verdadera locura. ¿No ve V. en todo y en todas partes simbolizada esta amarga verdad?—Examine V. las artes, la poesía y la literatura, últimas expresiones del adelanto espiritual de un pueblo. —Entre nosotros la escultura está casi muerta:—nunca hemos sobresalido mucho en ella; pero hoy como en el siglo XVII, tenemos pintores y poetas:—muchos hay y notables no pocos.

También tenemos compositores músicos. —¿Qué hacen aquellos miembros de estas tres clases que no quieren morirse de hambre?—Retratos, melodramas y zarzuelas. —¿Cómo ha de haber cuadros de historia, ni poemas, cuando para los primeros no hay compradores, ni lectores para los segundos?—Y no es nuestro país solo el que adolece de estos males, sino el mundo entero, aunque nosotros, acaso por nuestro atraso relativo, los tenemos en escala mayor; porque la enfermedad no es de este ó del otro clima, ni dimana de esta ó aquella legislación. —El cáncer es de la época. —Cada siglo tiene su espíritu, y el del nuestro es la especulación. —No hubiera nunca existido el Pismo de Sicilia ni la Transfiguración, si Rafael hubiera querido especular. Si hubiera habido *prensa libre* á cuarenta duros al mes y hubiera existido el prolífico y multiforme folletín antes de nuestro siglo de hierro, no habrían existido Homeros ni Virgilio, Dantes ni Ariostos, ni Tassos; y en nuestros días Byron, no hubiera escrito ninguno de sus poemas; si en vez de poder merecerse en las lagunas de Venecia ó pasear por bajo de los pórticos de Verona, ó visitar á la carrera de su coreel de pura sangre árabe á Ali-Bajá de Janina, y los campos de Platea y Marathon, y el tristísimo desierto donde fué Troya; hubiera tenido que vegetar en una bohordilla de la *City*, ó que escribir á tanto la línea ó la columna en alguna oficina de *Charing-Cross*.

Cuando los poderes del mundo se llaman Pericles, Augusto, Cosme de Médicis, Leon X, ó Luis XIV, ó Felipe IV —luce el sol y los ruiseñores cantan. —Cuando impera la banca y se ponen en cuadros magníficos sus inscripciones, no se pintan Transfiguraciones ni Descendimientos, ni se escriben Iliadas, ni se escultan Venus como la de Médicis, ni Apolos como el de Belveder;—ni se levantan á la fé y á las artes monumentos como la catedral de Sevilla y la de Colonia, el Escorial y el Vaticano. —Es verdad que se pasa á pié enjuto por debajo de rios como el Tamesis; que vias mas vastas que las romanas atraviesan montañas como los Alpes; que se vuela sobre la tierra y sobre las aguas, y que por medio de los alambres eléctricos terrestres, subterráneos ó submarinos van desapareciendo á toda prisa hasta aquellas dos cosas que son á la par prueba de nuestra existencia humana y revelacion de lo infinito—El tiempo y el espacio. —Y esto tiene tambien su poesía; terrible y grande poesía en verdad; pero menos humana, es decir, menos conforme ó *simpatía* al alma humana, que aquella otra de cuya cuasi total desaparición me lamento.

La materia ha absorbido al espíritu. —Esto es lo que dicen á mi entendimiento y á mi corazón las artes, la literatura, la política y la legislación del mundo actual. Todos, individuos como corporaciones, hombres de estado, historiadores, publicistas, artistas y poetas, todos son benthanistas utilitarios—démolos su verdadero nombre —¡mercaderes! —No quiero ni debo confesar que soy loco, porque así como Descartes decia: Co-

*gito, ergo sum*:—Pienso, luego existo;—yo puedo decir:—Pienso con claridad; obro con acuerdo; luego no estoy loco. No me tengo tampoco por calumniador ni enemigo de la especie humana, porque la historia de toda mi azarosa vida prueba lo contrario, es decir, que la amo como amo la verdad. Y como en mi estado normal, cuando la injusticia no me exaspera, ó la poética inspiración no me exalta, no me atrevo á calificar de malvada y execrable la época en que vivimos, vengo naturalmente á suponer que yo debí nacer en otro tiempo; que soy una especie de hombre traspapelado, si me es lícito servirme de esta locución.

Lo que hay en todo esto fuera de toda duda y controversia, es que mi vida es profundamente miserable, porque es y debe ser profundamente desventurado aquel que en todo y en todas partes se encuentra solo y extranjero.

Pero volvamos al asunto primero de esta carta, olvidado demasiado tiempo por mí:—el dolor, como todas las afecciones profundas del alma, tiene mucho de egoista.

¡La sociedad!—Examine V. con impasibilidad, si le es posible, su fondo y su forma. —¿Qué encuentra V.?—La perversión de todos los principios: el olvido de todos los deberes. —A las leyes eternas de lo bueno y de lo justo, sustituidos lo útil y lo perjudicial. —¿En beneficio de quién?—¿De la humanidad?—No; porque si así fuese, no lo atacaríamos nosotros. —En beneficio de los modernos apóstoles. —¿A qué tienden todas esas declamaciones pseudo-humanitarias, en todas las formas y bajo todos los disfraces posibles de los pretendidos defensores de los oprimidos pueblos?—A elevar y enriquecer á los predicadores. Todos ó casi todos predicamos la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano, y no hay casi ninguno que no quiera ser mas que sus pares é igual á sus superiores;—nos sublevamos contra la tiranía y el monopolio, y no hay nadie, por pequeño que sea, que no aproveche la primera ocasión que se le presenta para monopolizar ó tiranizar. —Predica la democracia contra los privilegios y se engalana con todas las órdenes de caballería del Estado: truena contra los tronos, y solicita los empleos y las gracias de la monarquía. —Aquel fogoso diputado clama contra el desorden de la hacienda pública: predica economías; satiriza y fulmina á los actuales administradores del público tesoro. —¿Cede acaso á las nobles inspiraciones del amor de la patria?—No: quiere sencillamente ser ministro de hacienda—para crear ó mejorar la suya. —Clamamos todos, moralistas, filósofos, publicistas y poetas, contra la abolición de la pena de muerte; y por una fruslería cualquiera nos damos de estocadas y balazos con nuestro mejor amigo! El éxito lo justifica todo: no hay buena causa si ha sido derrotada. De modo que lo justo y lo injusto, la virtud y el crimen, el genio y la estupidez, dependen, no de las leyes eternas de la moral ni de las reglas del buen criterio, sino de la buena ó mala estrella de cada combatiente que lucha en este revuelto palenque de la vida humana. Pero sería nunca acabar.

Si de la vida pública descendemos á la privada;—¡cuántas farsas, cuántas traiciones, cuántas impiedades!—Acaso la época presente sea menos mala de lo que yo imagino: acaso las pasadas no fueron mejores; pero yo hablo de mi tiempo y digo mis impresiones. Una cosa, empero, es indudable:—la carencia absoluta de fé de nuestro siglo, y esta es por sí sola, una desventaja inmensa con respecto á las demás edades del mundo de que nos habla la historia.

¿Es este un extravío casual ó accidental, ó una condición precisa é inevitable de la marcha progresiva de las civilizaciones? ¿Sucederá con la del siglo XIX lo que con la asiria, la egipcia, la griega y la romana que desaparecieron sucesivamente, cayendo de nuevo la humanidad en un estado de relativa barbarie?—Ardua es la respuesta. Yo creo, sin embargo, que la civilización actual no puede perecer, primero por la doctrina evangélica, piedra angular de casi todos los grandes pueblos del mundo, y luego por los portentosos descubrimientos de las edades modernas, entre los cuales doy el primer lugar á la imprenta. ¿Qué nos guarda, pues, lo porvenir en sus impenetrables ti-

nichlas?—Ningun entendimiento humano puede pasar mas allá de las conjeturas mas ó menos probables.

No sé qué impresion causarán á V. estas líneas, escritas sin orden ni concierto y al correr de la pluma. No me atrevo á releerlas porque de seguro no las enviaria á la imprenta. Léalas V. si no le fuere muy enojoso, y mande á su sincero y apasionado amigo

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

#### ANÉCDOTA.

Dijimos en la inserta en el número 21 del SEMANARIO que el renombrado Carlos V vivía retirado en Yuste, con el objeto sin duda de coronarse con la doble diadema de la gloria temporal y de la eterna. Desprendíase había del fausto y pompa que ostentara en el mundo y hacia una vida sencilla y obscura, si bien cómoda y agradable; eligiendo para ello el sitio mas deleitable y pintoresco de su reino, y las personas mas afectas á la suya para que con él compartiesen su retiro. Entre ellas figuraba el ínclito D. Juan de Austria y el entendido Luis Quijada, hijo aquel del emperador, y este maestro del de Austria segun disposición de su augusto padre. Jamás en vida había Carlos significado que el niño D. Juan le perteneciese; antes por el contrario lo disimulaba y disimuló hasta poco antes de su muerte en que lo dió á entender la recomendacion especial que de él hiciera á su primogénito y sucesor Felipe. Los cronistas de la época, sin embargo del disimulo de Carlos V, presumieron el origen de D. Juan de Austria, y llegaron á creerlo cuando el emperador en un arranque de leal cariño le llamó sin rebozo hijo querido, sucediendo el caso de esta manera segun la tradicion nos refiere. — A un cuarto de legua del monasterio de Yuste existia y existe hoy el pueblo de Cuacos rodeado de frutales muchos y delicados: D. Juan de Austria, niño intrépido y travieso, se bajó á las huertas, se encaramó en un cerezo y tuvo la desgracia de desprenderse del árbol causándose una herida de alguna importancia. Súpolo Carlos, y conmovido y afectado sobremedera, exclamó delante de los que le rodeaban dirigiéndose á Quijada: ¿qué se ha hecho ese hijo querido? ¿Peligra, Quijada, esa existencia que ha de llenar de triunfos los dominios españoles? Asegúranle los médicos que la herida no es grave ni peligrosa, y se tranquiliza; sin que al hombre emperador le importe mucho el haber sido vendido en su secreto por el hombre que es padre cariñoso y tierno. ¡Cuán cierto es que la sangre propia sin fuego hierve, y que sus efectos poderosos son imposibles de ocultar en una ocasion dada! Y así debe y tiene que acontecer: el corazon del hombre sin afeccion ni amor, es planta seca y maldicida.

EN LA PRIMERA PÁGINA DEL ALBUM DE UNA NIÑA RECIEN NACIDA.

Angélica criatura, en este instante

Se asemeja este libro al de tu vida;

Porque de ambos en blanco, mi querida,

Las páginas se ven.

Plégue al cielo que aquellos que á llenarlas

El oscuro Destino ha deparado,

Tengan de no mancharlas, gran cuidado,

Y lógrenlo tambien.

Y cuando llegue el fin, cual es forzoso,

Ningun borron empañe su blancura,

Ni una mancha rebaje la hermosura

De tu cándida sien.

M. DE A.

## EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA.

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

#### IV

PACTO DE SANGRE.

En cámara silenciosa,

Dó la pompa y la opulencia

Del orgulloso magnate

El lujo oriental desplagan,

De arábigo candelabro

A la luz amarillenta,

Que entre los pliegues oscila

De los tapices de seda,

Y en los ricos artesones

De la bóveda soberbia.

(Del pavimento de mármol

Espléndida diadema),

Un hombre de faz tostada,

Cuya grosera presencia,

Y el traje burdo que viste,

Su estado servil revelan,

Una y otra vez repasa

Denso monton de monedas,

Y los ojos penetrantes

Clava en su rostro de hiena

Fakir, que del necio enfrente

Con molicie se recuesta

En un morisco divan

De alcatifas arabescas.

— ¿Y bien? le dice al esclavo

Con imperiosa manera,

¿Qué suma? — Ochenta piastras. —

— Ese es su precio. — Mi oferta

Cumpliros leal prometo...

Por interes y obediencia;

Y yo jamás juro en balde

En cuestiones como esta;

Además que sois mi dueño...

— Dado término á la empresa,

La libertad y otra suma

Igual, quizá mayor que esa,

Serán tu premio. Ya sabes,

Si se salva de la guerra,

Donde hago que el Califa

Le envíe á una muerte cierta,

Si no cae en las batallas,

Entonces... — Ya estoy. — Cautela

Y decision. — La divisa

Que honra mi puñal es esa. —

Hechos muy mas arriesgados

Por vos... — Sí; mas oye y tiembla.

Si me vendes, eres muerto.

— Dispone de mi cabeza.

— Esclavo, Allah te dé aliento...

Mia ha de ser Djida. — Vuestra.

Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.